



NÚMERO 824

26 DE JULIO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 y 2.—Trajes para playa

Ayuntamiento de Madrid



3 y 4.—Trajes de luto



5 y 6.—Trajes de luto

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La mujer y los deportes. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 y 2. Trajes para playa. — 3 a 6. Trajes de luto. — 7 a 10. — Matinés para casa. — 11 y 12. Trajes de hechura de sastre. — 13 y 14. Trajes de sport, estilo de sastre. — 15 y 16. Enagua cubrecorsé y sus patrones.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de paseo.

Primer traje, de tul blanco y encaje. Cuerpo cruzado, con orla de encaje. Mangas cortas, con anchos volantes de encaje. Falda hecha de tres volantes de tul blanco y encaje, rectos del borde. Ancho cinturón de tafetán blanco anudado detrás.

Segundo traje, de muselina color de limón, plegada, adornada de anchas tiras de muselina del mismo color, brochada de follaje blanco. Peto de tul blanco y lazo de corbata de terciopelo negro.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 y 2. TRAJES PARA PLAYA.

I. *Traje* de linón blanco, bordado a la inglesa. Falda con dos volantes fruncidos, la interior de linón liso plegado. Cuerpo, de forma de coselete, formado de puntas bordadas. Camiseta de linón, con plieguecillos en los hombros, orlado el escote de un volante de tul. Cinturón de tafetán verde Imperio, con ancha hebilla de oro.

II. *Traje* de velo de algodón blanco, con canesú y borde de falda bordados de trencilla. Ancho cuello de tul. Cinturón con lazo, atado a un lado, de tafetán azul natter.

3 a 6. TRAJES DE LUTO.

I. *Traje* de gabardina negra, adornado con anchos bieses de crespón. Mangas largas: interior de muselina blanca.

II. *Traje* de paño negro, estilo de sastre. Chaqueta con largo faldón, plegado por detrás. Cuello y botones de crespón.

Falda lisa, adornada por el borde de un ancho bies de crespón.

III. *Traje* de luto de seda mate. Falda adornada de dos volantes de crespón, formando punta en el delantero. Botones y mangas largas de crespón.

IV. *Traje* de lana lisa. Falda adornada de bieses de crespón negro, y cuerpo, cuyas mangas son de crespón.

7 a 10. MATINÉS PARA CASA.

I. *Matinés* de tela lisa, con el delantero adornado de anchas tiras de tela de tono más claro, que rodean también el escote formando cuello: un pequeño rizado sobresale de las bandas, lo mismo que en las mangas semilargas, de anchos puños de tela clara. Lazo de terciopelo negro.

II. *Matinés* de crespón de fantasía. Cuello cayendo en tiras sobre el delantero. Cinturón y puños de tela lisa y clara.

III. *Matinés* de franela blanca formando picos a los lados. Mangas semilargas y cuello vuelto.

IV. *Matinés* de paño muy ligero azul claro, muy ancho del borde, adornado de cuello y puños de paño blanco.

11 y 12. TRAJES DE HECHURA DE SASTRE.

I. *Traje* de verano, de jerga blanca. Chaqueta larga, plegada por detrás, adornada de un cuello de otomán blanco. Falda blanca y botones de fantasía.

II. *Traje* de gabardina color de tilo. Falda campana y chaqueta muy ancha, ribeteada de raso negro.

13 y 14. TRAJES DE SPORT, ESTILO DE SASTRE.

I. *Traje de montaña*, de lana inglesa Raki. Chaqueta muy ancha, con pinzas que señalan el talle. Lazos, cuello y puños de paño encarnado. Botones encarnados y falda muy ancha.

II. *Traje de montaña*, de lana gris a cuadros, combinados al bies. Falda ancha y chaqueta con canesú. Cinturón delante, recogiendo la amplitud de la tela, bolsillos, cuello de paño azul y botones grises.

CRÓNICA DE LA MODA

No hay profesión más favorable a la salud y a los intereses de las mujeres que el servicio doméstico, y sin embargo, cada vez son más las mujeres que se resisten a dedicarse a él, y mayores las exigencias y

pretensiones de las mismas. En los Estados Unidos, el servicio doméstico atraviesa por una verdadera crisis, y en el campo, sobre todo, es casi imposible asegurárselo cuando no se tiene más que una criada, ni aun haciendo concesiones que en Europa parecen inauditas, pues para retener a tan exigentes criaturas las amas de casa llegan a concederles periódicos y revistas, libros, lecciones, las noches, salón para recibir a sus visitantes sin intervención alguna, uso del cuarto de baños, caballo o coche para ir a la iglesia si está lejos de la casa, y puesto en la mesa de los señores si no hay convidados, con más ciertas horas libres cada semana y vacaciones anuales con o sin salario, según los casos.

En Europa estamos, afortunadamente, muy distantes todavía de tales extremos; pero de día en día las dificultades aumentan por la repugnancia que se siente a desempeñar el papel de criado, aunque en realidad el nombre lo hace todo, pues tan servidor es un criado de su amo como un aprendiz de su maestro de taller. En Francia, los salarios oscilan entre 20 y 80 francos mensuales, siendo raras las plazas de cocineras a 100 francos y de doncellas a 80; los hombres ganan de 20 a 30 francos más que las mujeres, aunque hay algunos que cobran salarios crecidísimos, lo mismo que los cocheros; pero son excepciones, y el promedio es de 90 a 150 francos.

En los Estados Unidos, el promedio del salario para la mujer es de 65 francos mensuales; la mejor pagada es la cocinera, que gana 75 francos por término medio, llegando a 126 y excepcionalmente a 270 francos; una criada puede ganar 94 francos, llegando rara vez a 200; y una doncella, de 60 a 70 francos. Los hombres ganan de 90 a 156 francos al mes.

En Inglaterra, los precios ordinarios son los mis-

mos que en Francia; pero los excepcionales son más frecuentes y mucho más elevados. El duque de Northbrook, por ejemplo, da a su lacayo 1.500 francos anuales; pero este lacayo saca además, de las propinas de los huéspedes y convidados, de 10 000 a 12.500 francos al año.

En Alemania, los salarios son muy reducidos, bajando a 12 francos y llegando rara vez a 40. En cambio, los criados de ambos sexos suelen recibir insultos y bofetadas, sin que puedan por eso abandonar la casa sin previo aviso; pues, según una sentencia del Tribunal de apelación de Berlín, «un criado no puede dejar a su amo sin previo aviso, aunque haya recibido del mismo alguna ligera corrección corporal», entendiéndose por tal, por ejemplo, «cuatro bofetones que no pongan en peligro la vida del sujeto». Allí se comprende que sea popular la cantinela: *Ich will nicht mehr Diener sein* (no quiero ser más criado).

Si se comparan los salarios apuntados con los que ganan las obreras de los diversos oficios, no se comprende — sino por el amor a la independencia y a la libertad, al que todo se sacrifica — la preferencia que dan las mujeres a cualquier oficio sobre el servicio doméstico. En París, para no citar más que un ejemplo, las modistas sombrereras ganan de 50 a 60 francos al mes, trabajando desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche, y en días de apuros hasta las doce y la una de la madrugada; las planchadoras ganan de 1,50 a 2,75 francos diarios, de las siete de la mañana a las siete de la noche; las obreras tipógrafas, con doce horas de trabajo, siempre de pie, sólo perciben de 1,75 a 3 francos diarios; las costureras, de ocho a ocho, y en tiempo de urgencias hasta las diez o las doce de la noche, ganan, después de dos o tres años de aprendizaje, desde 75 céntimos hasta 3 y 4 francos, llegando a 5 francos las cortadoras hábiles.

Hay quien cree que con el tiempo dejará de existir el servicio doméstico, tal como hoy lo conocemos, y no habrá amos ni criados, sino empleantes y empleados.

CONSEJOS ÚTILES

Con frecuencia se oye decir que las reglas que impone la Higiene son una pampolina; que sin ellas, y aun contra ellas, vive la gente pobre y menesterosa, y que a veces la salud se pierde por cuidarse demasiado.

A lo primero puede replicarse que los que van contra las reglas de la Higiene, si viven, no lo pasan del todo bien, ni gozan de salud mucho tiempo; y a lo segundo, que hay personas valetudinarias no por cuidarse demasiado, sino por no saber cuidarse como es debido. En efecto: no consiste la Higiene en estarse encerrado en una habitación mal ventilada, por temor a resfriarse; ni a dejar de hacer ejercicio, por temor a la fatiga; ni a tomar medicinas cuando no hay necesidad.

No: la Higiene es más racional en sus prescripciones. Sus reglas están basadas sobre leyes naturales, y el resultado de su buena aplicación y de su estricto cumplimiento es tan sorprendente en muchos casos, que parece milagroso.

Uno de los ejemplos más notables de los asombrosos efectos que puede producir la Higiene nos lo ofrece la bibliografía de un ilustre italiano de familia noble, llamado Luigi Cornaro, a

quien en sus últimos años — pues murió a la edad de ciento tres — le llamaban sus compatriotas el «Centenario de Venecia».

Al nacer, era de una constitución tan delicada, que no auguraba una larga vida, y encanecido creció, con honda pena de sus padres. En su juventud, lejos de llevar la vida ordenada que su escasa salud requería, cometió algunos excesos, que de tal modo acabaron de minarla que, antes de cumplir los cuarenta años, los médicos le desahucieron y anunciaron que su fin estaba próximo.

Esta sentencia de muerte despertó la voluntad y las energías de Cornaro, ávido de seguir viviendo, y entonces resolvió cambiar por completo su modo de vivir y demostrar que los médicos se habían equivocado. Para lograrlo, estudió y siguió fielmente los dictados de la Higiene; modificó sus costumbres, adquirió nuevos hábitos; adoptó un régimen ordenado, y en unos cuantos meses recobró la salud perdida. Comprendió, ante ese resultado, la importancia de la Higiene para el bienestar, y perseveró con tanta fidelidad en la observancia de su nuevo método, que vivió sesenta y tres años más, después que los médicos le dieron por muerto.

A la edad de ochenta y tres años, ese hombre notable empezó a escribir un libro, titulado *La vita sobria*, que terminó a los noventa y cinco años, y en el que expone el método higiénico que conviene seguir para alcanzar la longevidad. Esa

obra ha sido traducida a varios idiomas por el interés que encierra, y ha dado a su autor merecida fama. Cornaro murió a los ciento tres años, en la plenitud de sus facultades, tranquilamente, sin agonía.

LA MUJER Y LOS DEPORTES

De una información abierta entre las reinas del talento y de la vida mundana, poetisas, sabios, novelistas y moralistas, para averiguar sus opiniones sobre los puntos siguientes: 1.º ¿Deja la mujer de ser mujer al entregarse a los ejercicios físicos conocidos con el nombre de *sports*? 2.º ¿Son estos recreos saludables para la mujer moderna, o pueden estimarse como nocivos?, entresacamos estas respuestas:

«Admito para la mujer — dice Carmen Silva, la reina de Rumania — todos los *sports* de nuestros días, si sigue siendo graciosa y conmovedora como Sakuntala; si socorre a los desgraciados como Santa Genoveva; si compone música como Santa Cecilia; si alimenta tantos hijos como Blanca de Castilla; si hila como la reina Berta; si teje como Penélope;

si borda como las antiguas princesas rumanas; si pinta libros de horas como Ana de Bretaña; si cuida a los heridos como Florencia Nightingale; si compone versos como Margarita de Navarra y la emperatriz Isabel de Austria.»

«La mujer — dice Enrique Berenger — tiene derecho al ejercicio normal de sus músculos y de sus nervios, a la aireación de su carne, a la higiene de sus tejidos, a la alegría de todo su organismo físico. Algunos objetan que los nuevos *sports* alteran la elegancia de la mujer. ¡Puro misticismo! ¡Rutina tonta! ¿En qué son menos elegantes, menos reveladores de la belleza y de la gracia femenina un traje sastre de piqué blanco o una amazona de paño que las crinolinas del segundo Imperio o los ahuecadores de la tercera República? Pero, objeta un moralista pedante, la joven ciclista arriesga el descubrir las pantorrillas, aun llevando falda. Ese mismo moralista, sin embargo, soportará con gusto que su mujer y sus hijas descubran sus espaldas y su pecho en el salón recalentado de una reunión mundana, donde cien jóvenes se oprimen en torno suyo. Entre uno y otro *descubierto*, yo, padre o marido, no vacilo, y prefiero las pantorrillas en el aire puro de una carretera, al pecho desnudo en el aire turbio de un salón.»

«En todo tiempo — dice Feliciano Champsaur — ha habido dos clases de mujeres, las sedentarias y las movilizadas, entre las cuales se reclutan *sportistas*. No veo que las fogosas cazadoras del antiguo régimen fuesen menos dadas a las diversiones que las mujeres modernas. La caza con halcón, con perros y a tiros eran placeres favoritos de las damas nobles. La bicicleta no ha hecho más que democratizar el *sport* para la mujer. La coquetería de la sangre fría y de la bravura ha existido siempre. ¿Y las antiguas jóvenes griegas, luchando completamente desnudas en el ágora?»

«Sin querer reducir a la mujer — dice la señora de



7 a 10.—Matinés para casa



11 y 12 —Trajes de hechura de sastre



Gaston DROUET, Editeur Paris



PL 154

Reproduction Prohibida

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

XXIX - 824

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Gautaubege, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza
— Polvo de arroz y jabonillo
à la "Crème Simon".

Ayuntamiento de Madrid





13 y 14.—Trajes de sport, estilo de sastre



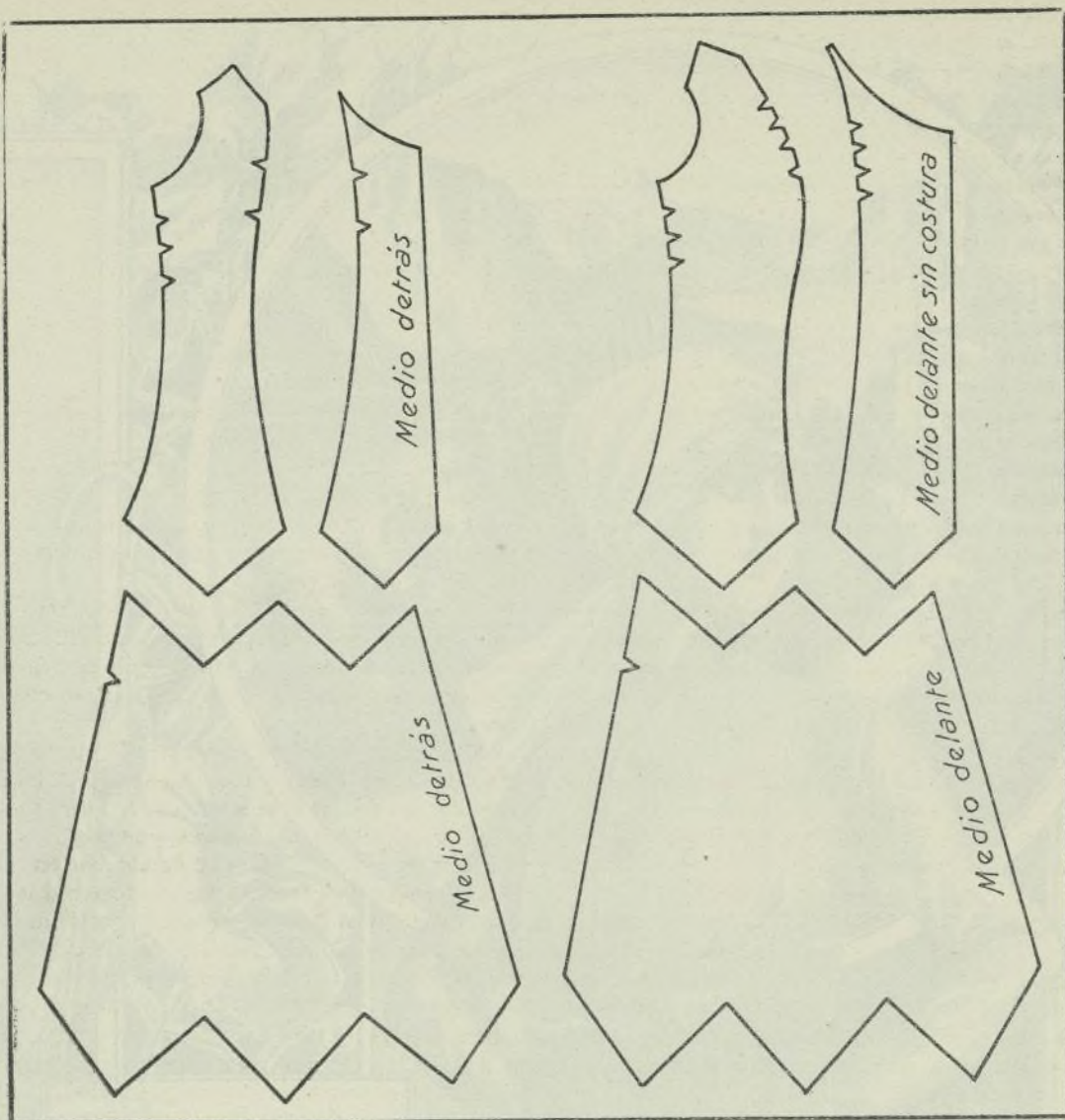
15.—Enagua cubrecorsé
Hecho de batista Cambrai y adornado con bordado suizo

Alfonso Daudet—«a hilar lana, temo lo que la saca del hogar y hace de la casa moderna un corredor por donde se pasa para cambiar de ropa, o una estación para las comidas, en lugar de la casa activamente cuidada y adornada, como la entendían nuestras abuelas y nuestras madres»

«La mujer—dice el Dr. Hericourt—no está en su pues o en los ejercicios físicos; y para pensar así, tengo razones de orden fisiológico, de orden estético y de orden social. La sociedad perfecta sería aquella en que la mujer no trabajase, teniendo bastante que hacer en su hogar, en medio de sus hijos. En todo caso, los *sports* constituyen un *trabajo de lujo* que la necesidad no impone a la mujer. Su deber es, pues, abstenerse de ellos para conservar a la comunidad su valor social de mujer madre. No olvide la joven que no tiene nada que ganar y sí mucho que perder en juegos que pueden comprometer su futuro papel de esposa; y esté la mujer bien convencida de que su invencible y duradera fuerza está en su encanto de esposa y madre, y no en otra parte.»

«La mujer—dice Max Nordau—sigue siendo mujer, psíquicamente, haga lo que quiera. En los recreos, hasta los más varoniles, tiene la mujer otras ambiciones y otras satisfacciones que el hombre. La cuestión del traje la preocupa siempre. Quiere agradar con sus proezas. Es otra forma de coquetería, pero siempre coquetería. Con frecuencia he pensado que Diana, si hubiera llevado un bonito traje de caza, hubiera sido feliz al verse admirada por Acteon; si lo hizo matar, es porque la miró antes que la costurera la hubiese arreglado. La aventura de Penthesilea me parece que prueba cuán mujer sigue siendo una amazona belicosa... hasta perecer de amor.»

«Insistís—dice la famosa Clemencia Royer—en tener mi opinión sobre los *sportswomen*, y tengo el sentimiento de deciros que detesto esa palabra, porque soy muy *nacionalista*, en cuanto a la lengua. Prefiero igualmente el ligero volante, brincando sobre la raqueta y que da a las jóvenes tan graciosos movimientos, al absurdo *croquet*, que hace inclinar todas las frentes hacia el polvo, como encuentro la antigua pelota muy superior al brutal *foot-ball*»



16.—Patrones de la enagua cubrecorsé

«Nuestra misión en esta tierra—dice Lucía Tassart—es representar el encanto, la bondad, la dulzura. Mi franqueza me obliga a decir que algunas mujeres no buscan en la bicicleta sino una sensación nueva, una embriaguez, un vértigo, y frecuentemente también se apoderan de este medio para escapar de toda vigilancia, tomar contacto y hacer brotar la chispa... Nosotras no somos ya mujeres, ni podemos todavía ser hombres; tengamos cuidado, no vayamos a ser neutros.»

«La práctica de los recreos físicos—dice Jorge Vainor—equivale en la mujer a la ovariectomía de la gracia; la moda y el *chic* consienten el traje de amazona para la equitación, pero reprueban los pantalones de la bicicleta y las gafas de la automovilista. La mujer tiene otros medios—no digo otros *sports*—que la aerostación y el alpinismo para acercarnos al cielo.»

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

Dawkins por toda respuesta se puso a silbar, se quitó su sombrero y empezó a rascarse la oreja.

—¿Qué es lo quieres significar con eso?, repuso Charlot.

—Allá veremos: observa si viene alguien, dijo el *Truhán* riéndose con ironía.

Como ésta era una explicación poco satisfactoria, Bates volvió a preguntar de nuevo:

—¿Qué significa todo esto?

El *Truhán* no contestó: calóse el sombrero, púsose debajo del brazo los largos faldones de su levita, procuró hinchar sus carrillos con la lengua, rascóse la nariz, y girando sobre sus talones echó a correr. Bates le siguió con aire pensativo.

Algunos momentos después de esta conversación, el viejo judío escuchaba atentamente el rumor de los pasos de los jóvenes en la vieja escalera.

Hallábase sentado junto al fuego, ante un jarro de estaño, y tenía en una mano una salchicha y un panecillo y en la otra un cuchillo. Al volverse para es cuchar dibujóse una espantosa sonrisa en su rostro demacrado y sus feroces ojos lanzaron una mirada siniestra.

—¿Qué es eso?, dijo cambiando de expresión. ¡No son más que dos!; ¿le habrá sucedido al otro alguna cosa? ¡Atención!

Los pasos se acercaron y pronto se sintieron resonar en el patio. La puerta se abrió lentamente, apareciendo el *Truhán* y Charlot Bates que la cerraron tras sí.

CAPITULO XIII

—¿Dónde está Oliverio?, preguntó el judío con furor, levantándose con aire de amenaza; ¿qué le ha sucedido?

Los jóvenes pilletes miraron a su maestro con ademán de temor; después se miraron mutuamente y no contestaron nada.

—¿Qué ha sucedido a Oliverio?, dijo el judío cogiendo por el cuello al *Truhán* y amenazándole con imprecaciones. Habla o te estrangulo.

Fagin acababa de pronunciar aquella frase con tono tan serio, que Charlot Bates, que en todos los casos juzgaba prudente ponerse al abrigo, y que le parecía muy posible que el judío estrangulase a su compañero y después a él, se arrodilló, lanzando un grito ronco y prolongado que tanto parecía el mugido de un toro furioso como el de una tromba marina.

—¿Hablarás?, dijo el judío con voz de trueno, sacudiendo al *Truhán* con tal fuerza que era extraño que la levita no quedara entre sus manos.

—He caído en la ratonera, dijo el *Truhán* con tono áspero. Vaya, ¿queréis soltarme?

Y desprendiéndose de un salto de su diestra, cogió el tenedor de asar e intentó dar un golpe al anciano, que de haberle acertado es probable le hubiese hecho perder la alegría por un mes o dos y tal vez más.

Pero el judío se apartó con más agilidad de la que se puede suponer en un hombre decrepito en la apariencia, y cogiendo el jarro de estaño se preparaba a tirarlo a la cabeza de su adversario, cuando Charlot

Bates hizo que fijara su atención sobre él por haber exhalado un espantoso aullido, lo cual hizo que el judío le tirase el bote lleno de cerveza.

—Y bien, ¿qué significa todo este ruido?, murmuró de repente una voz bronca, ¿quién me ha echado esto a la cara? Por fortuna no me ha alcanzado más que la cerveza y no el bote, pues de lo contrario hubiera dado que hacer a alguno. Yo no hubiera creído jamás que un viejo pícaro judío pudiese probar otra cosa que agua sola y pura. ¿Qué pasa aquí, Fagin? Por vida de... mi levita está llena de cerveza... ¿Vas tú a entrar, animal? ¿Qué haces aquí parado? ¿Tienes miedo de tu maestro? ¡Aquí!

El hombre que hablaba de una manera tan brusca era un robusto mozo de unos treinta y cinco años, que llevaba una levita negra de terciopelo ordinario, un pantalón gris, botinas con lazo y medias azules que cubrían enormes y robustas piernas. Su sombrero era castaño y alrededor de su cuello se veía una gran corbata con cuyas puntas raídas se limpiaba el rostro. Así que hubo concluido esta operación, dejó ver su cara grande, con una barba que hacía muchos días que no se había afeitado, y sus ojos siniestros, en uno de los cuales se notaban las señales de un golpe reciente.

—¡Aquí!, ¿entendéis?, gritó el hombre con aire imperioso.

Un perro de aguas con la cabeza herida en veinte partes entró arrastrándose por el cuarto.

—Gastáis mucho tiempo, le dijo aquel hombre. Sois demasiado orgulloso para reconocerme delante del mundo, ¿no es verdad? ¡Acuéstate allá!

Este encargo fué acompañado de un puntapié que envió al animal al otro lado de la sala. Parecía, sin embargo, estar ya acostumbrado a este tratamiento, puesto que se echó tranquilamente en un rincón sin exhalar un quejido, y abriendo y cerrando sus feos ojos veinte veces por minuto, pareció quedarse inspeccionando la sala.

—¿Con quién regañabais?, preguntó el recién llegado sentándose con aire resuelto. Vos maltratáis a los muchachos, viejo avaro, viejo ladrón, viejo infame. Me pasma que no os asesinen; si yo estuviera en su lugar, lo pagaríais caro; si yo hubiese continuado siendo vuestro aprendiz, hace tiempo que la farsa hubiera concluido y... Pero no, ni siquiera podría vender vuestra piel; os metería en una botella para enseñaros como prodigio de fealdad.

—¡Chut!, ¡chut!, señor Sikes, dijo el judío temblando, no habléis tan alto.

—No me llaméis señor, contestó el bandido; esto significa que maquináis algo contra mí. Vos sabéis mi nombre, ¿es verdad? Yo os aseguro que no le deshonraré cuando llegue el momento.

—Muy bien, muy bien, Guillermo Sikes, dijo el judío con una humildad abyecta; tenéis el aire de mal humor, Guillermo.

—Puede ser, contestó Sikes; me parece que a vos os sucederá poco más o menos lo propio, cuando estéis echando botes de cerveza a la cabeza de las gentes, a menos que no les quisierais hacer otro daño que denunciarles y...

—¿Estáis loco?, dijo el judío cogiendo a Sikes por el brazo y señalándole con el dedo a los muchachos.

Sikes se contentó con hacer el gesto de un hombre que tiene en su cuello un nudo corredizo, e inclinó la cabeza sobre su hombro derecho, pantomima muda que el judío dió señales de entender perfectamente.

Después, con términos extravagantes de que estaba salpicada su conversación, y que son inútiles de citar porque serían incomprensibles para nuestros lectores, pidió un vaso de licor.

—Y sobre todo, tened cuidado de no echarle veneno, añadió, dejando su sombrero encima de la mesa.

Dijo esto bromeando; pero el judío mordióse los labios con infernal sonrisa, dirigiéndose a la despena y pensando que la advertencia no era del todo inútil, puesto que habría podido ceder a la tentación de perfeccionar la industria destilatoria.

Después de haberse bebido dos o tres vasos de licor, Sikes tuvo la bondad de dar un poco a los muchachos, y esta galantería cambió la conversación, en la cual, el hecho, causa del arresto de Oliverio, fué contando detalladamente, con las modificaciones y comentarios que el *Truhán* creyó oportuno añadirle.

—Yo temo, dijo el judío, que Oliverio hable y nos meta a todos en el enredo.

—Esto es lo más probable, contestó Sikes con maliciosa sonrisa. Ya os veo con vestidos nuevos, Fagin.

—Y yo tengo miedo, añadió el judío sin hacer caso de la contestación y mirando a su interlocutor con ojos muy abiertos; yo temo que si el baile empieza para nosotros, empezará también para otros, y tal vez será para ellos más temible que para mí, querido.

Sikes se estremeció y se volvió con ojos amenazadores al judío; encogióse éste de hombros y sus miradas vagaron indiferentes por la sala.

Un largo silencio sucedió a esta escena: cada uno de los miembros de aquella respetable asociación parecía estar embebido en sus propias reflexiones, sin exceptuar al perro, que se lamía las lanas con aire significativo, como dando a entender que meditaba un ataque contra las piernas de la primera persona que encontrara en la calle.

—Es necesario que alguien vaya a informarse de lo que sucede en las oficinas de policía, dijo Sikes con tono más bajo del que había usado a su llegada.

El judío hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Si el chico está encerrado bajo llave, no hay nada que temer hasta que lo suelten, dijo Sikes; pero entonces debemos tener cuidado; y será preciso seguirle la pista de una manera o de otra.

El judío hizo una nueva señal de aprobación.

Esta manera de proceder era evidentemente la mejor; pero, por desgracia, un grave obstáculo les impedía adoptar aquella medida; este obstáculo no era otro que la antipatía violenta y profunda repugnancia con que el *Truhán*, Charlot Bates, Fagin y Guillermo Sikes miraban las oficinas de policía, y la repulsión que experimentaban para ir a recorrer sus alrededores por cualquier motivo que fuese.

Es difícil decir cuánto tiempo estuvieron callados mirándose el uno al otro, de una manera indecisa que no tenía nada de agradable; además sería superfluo extendernos en conjeturas sobre ello, puesto que la llegada repentina de las dos jóvenes que Oliverio había visto anteriormente reanudó la conversación.

—Feliz casualidad, dijo el judío; Betty irá: ¿no es verdad, querida mía?

—¿Dónde?, preguntó la joven.

—Nada menos que a la prefectura de policía, mi querida Betty, contestó el judío con voz cariñosa.

Haciendo justicia a la joven, debemos decir que no se negó terminantemente a ir a la prefectura, limitándose tan sólo a manifestar que prefería ir al diablo. Al eludir la pregunta con aquella delicadeza, daba Betty a conocer ese exquisito sentimiento de conveniencia que nos impele a no contrariar a nadie con una negativa directa y formal.

Anublóse el semblante del judío, y volviendo la cabeza a Betty, que llevaba un traje magnífico, por no decir espléndido, compuesto de un vestido encarnado, botinas verdes y adornos amarillos, dirigióse a su compañera.

—Y vos, Nancy, dijo, ¿qué me contestáis?

—Que esto no va conmigo, y así, Fagin, es inútil que insistáis.

—¿Qué es lo que estáis diciendo?, replicó Sikes mirándola con aire amenazador.

—Lo dicho, dicho, Guillermo, contestó tranquilamente la joven.

—¡Bah!, pues precisamente tú eres la persona que nos conviene, replicó Sikes: nadie te conoce en ese distrito.

—Y como a mí me importa poco que no me conozcan, contestó Nancy con la propia calma, rehuso lisa y llanamente, Guillermo.

—Ella irá, Fagin, dijo Sikes.

—No, Fagin, ella no irá, exclamó Nancy.

—Está dicho, Fagin, ella irá, dijo Sikes.

Sikes tenía razón. A fuerza de amenazas, de promesas y de requiebros obtuvieron en fin el consentimiento de Nancy, que ofreció encargarse de la comisión. Además, a ella no la habían detenido las propias consideraciones que a su compañera, pues habiendo abandonado hacía poco el lejano pero elegante barrio de Ratcliffe, para ir a habitar en el de

Field Lane, no debía temer, como Betty, ser reconocida por alguno de sus numerosos amigos.

En su consecuencia, después de haber ceñido al rededor de su cuerpo un delantal blanco y cambiado sus adornos de la cabeza por un sombrero de paja, artículos de tocador sacados del inagotable almacén del judío, la señorita Nancy se preparó para salir a desempeñar su comisión.

—Un instante, querida mía, dijo el judío entregándole una cestita cubierta: lleva esto a la mano y tendrás un aspecto más respetable.

—Dadle también una llave gruesa, Fagin, dijo Sikes; así tendrá todavía un aire más natural.

—Sí, sí, tenéis razón, dijo el judío colgando del dedo de la joven una gruesa llave; así estás perfectamente. Estás admirable, querida, añadió frotándose las manos.

—¡Oh mi hermano!, ¡mi pobre querido hermanito!, exclamó Nancy derramando lágrimas y apretando con mano convulsiva el cesto y la llave como una mujer desesperada: ¿qué te ha sucedido? ¿qué te han hecho? ¡Oh!; yo os suplico, señores, que tengáis piedad de mí; decidme dónde está ese querido niño, señores. Yo os lo suplico, mis buenos señores.

Después de haber pronunciado estas palabras con voz dolorosa y sollozando, con alegría de todos los presentes, la señorita Nancy se paró, hizo un gesto con los ojos, saludó a sus compañeros sonriendo y desapareció.

—¡Ah!; ¡he aquí una joven famosa, amigos míos!, dijo el judío dirigiéndose a sus discípulos y moviendo gravemente la cabeza, como para amonestarlos con esta señal a seguir el ejemplo que acababan de tener delante.

—Hace honor a su sexo, repuso Sikes, llenando su vaso y dando un fuerte puñetazo en la mesa. ¡A su salud!, ¡y para que las demás se le parezcan!

Mientras que todos se esforzaban en elogiar a Nancy, la perla de las mujeres, ella entraba en la prefectura de policía sana y salva, no sin haber experimentado ese sentimiento de timidez natural en una joven que se encuentra en la calle sola y sin protección.

Entró en la prefectura por el lado opuesto a las oficinas, dió un golpecillo en la puerta de uno de los encierros y se puso a escuchar.

No oyendo nada, tosió, y como nadie contestara, resolvió hablar.

—¡Oliverio!, murmuró dulcemente, ¡mi querido Oliverio!

(Continuad.)

RECETAS CULINARIAS

Patatas en ajo de arriero

Se pelan las patatas, se parten en cuatro pedazos, se lavan bien y se ponen en una cazuela en la que se van echando dos buenas cebollas partidas en ruedas, cuatro dientes de ajo, partidos muy menudos, dos hojas de laurel, dos clavos de especia, una cucharada de pimentón encarnado picante (puede substituirse por pimiento dulce si no gustan los picantes), seis u ocho granos de pimienta negra, dos cucharadas de harina, dos jícaras de aceite frito y cuartillo y medio de agua. Preparadas así, se pone sobre la boca del puchero o de la cacerola un papel de estraza o blanco en cuatro dobleces y la tapadera encima, y se deja cocer de treinta y cinco a cuarenta minutos. Al tiempo de servirlos se les echa unas gotas de vinagre. Están calculadas las cantidades para un kilo de patatas.

Conejo guisado a la inglesa

Bien limpio el conejo, se llena con miga de pan mojada en leche, perejil, salvia, pimienta, tocino picado y médula de vaca salada. Relleno y cocido, se cuece en una cacerola bastante grande y sobre un lecho de hojas de tocino y vino blanco. Para servirle se añade una salsa o puré de cebollas o de lentejas.

Huevos al raspado

En una cazuela se ponen raspaduras de pan con manteca de vaca, una anchoa, perejil, cebolla, un ajete, el todo bien picado y mezclado con tres yemas de huevo; póngase a fuego lento; estréllense los tres huevos encima, espolvoréense con miga de pan, sazónándolos con sal y pimienta; se rodean con cortezas de pan fritas.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOPPO

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. — ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

LAFUENTE

Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

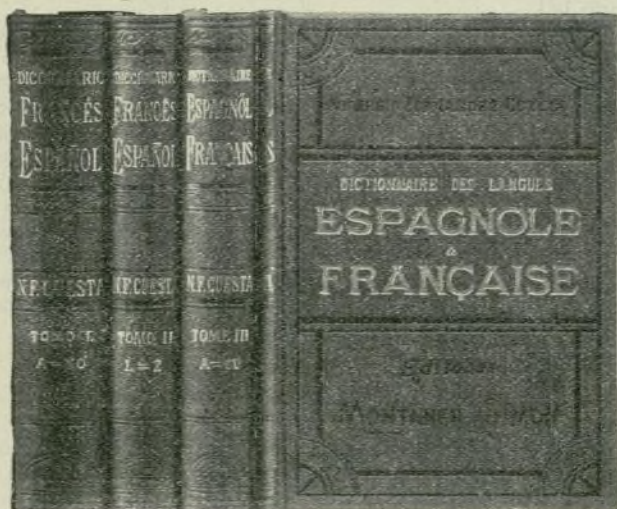
POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.



DICCIONARIO DE LAS LENGUAS

Española y Francesa, comparadas

REDACTADO CON PRESENCIA DE LOS DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y FRANCESA
Bescherelle, Littré, Salvá y LOS ÚLTIMAMENTE PUBLICADOS

POR **D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA**

Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos, y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada.

Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida a nuestro representante en París. — «Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et

Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'éditer à Barcelone MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. — Agréez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY.» — Cuatro tomos encuadernados, 55 pesetas, pagadas en varios plazos.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid